

Clases sociales y descripción de la sociedad

François Dubet*

Centre Émile Durkheim, Université Bordeaux Segalen

Las discusiones sobre la naturaleza de las clases sociales son tan antiguas como la sociología. ¿Cómo pasar de la oposición de dos o tres clases a la descripción de una estratificación mucho más compleja? ¿Cómo articular las clases objetivas a la conciencia que tienen de ellas los individuos? ¿Las relaciones de clase estructuradas en la producción determinan las identidades y las culturas más allá de las paredes de la fábrica? Todas estas preguntas se encadenan, más aún en la medida en que el uso de la noción de clase social es muy a menudo un marcador ideológico, aunque no siempre sepamos lo que entendemos exactamente por ese término. ¿Las clases sociales designan los personajes colectivos y “funcionales” de una estructura social o son simplemente una manera de nombrar las desigualdades sociales?

Un régimen de desigualdades

El interés de la noción de clase proviene del hecho de que ella define un régimen de desigualdades, una estructura o un *sistema* de desigualdades. No todas las desigualdades son desigualdades de clase; la noción de clases reenvía a un tipo de estructura social particular y más aún a un modo de producción económico. En este sentido, no es inútil recordar que las clases sociales han definido un régimen de desigualdades sociales que sucedió a los órdenes y las castas que estructuraban las sociedades del Antiguo Régimen. Mientras que la estructuración en castas descansa sobre una concepción ontológica de las desigualdades entre los individuos, prácticamente sobre desigualdades de “raza” y de naturaleza, y la estructuración en órdenes descansa sobre fundamentos teológico-políticos, las desigualdades de clases surgidas en las sociedades mercantiles e industriales son de una naturaleza muy diferente.

El régimen de clases se despliega en el entrecruzamiento de varios fenómenos. En primer lugar, las desigualdades de clase suponen individuos considerados fundamentalmente iguales en el horizonte de las revoluciones democráticas; es posible cambiar de clase, mientras que no era posible cambiar de casta. En segundo lugar, las relaciones de clase derivan menos de principios teológico-políticos que del capitalismo y de la oposición entre los patrones y los asalariados. En tercer lugar, al mismo tiempo que las clases están en conflicto, organizan la estructura de las desigualdades y forman un orden social más o menos “funcional” y “necesario”. Re-

cordemos que no hacía falta ser marxista para adherir a esta visión de las sociedades industriales modernas.

Esta vuelta, un poco escolar, sobre la noción de clases, permite subrayar su valor agregado respecto de las simples descripciones de la jerarquía de las desigualdades sociales medidas a partir de una serie de criterios más o menos congruentes: el ingreso, el prestigio, la influencia, los niveles y los tipos de consumo, las condiciones de vida... Las clases son definidas por *relaciones de clases*, dominación, explotación, solidaridad, competencia... Estas relaciones distinguen las desigualdades de clases de las desigualdades de estratificación, que no suponen necesariamente conflictos y una conciencia de esos conflictos. Sabemos que el problema de los lazos entre clases y estratificación está presente en el propio Marx, que pasa sin cesar de un modelo al otro: de dos o tres clases en *El Manifiesto* y en *El Capital*, a diez o doce clases en *El 18 Brumario*. En este último caso, Marx distingue fracciones de clase en función de sus desigualdades más que de sus relaciones sociales conflictivas, y la descripción de las desigualdades entre los grupos sustituye insensiblemente a la de la oposición estructural y frontal. Porque las clases se definen por los conflictos, se definen también por la conciencia de esos conflictos. “No hay clase sin conciencia de clase”. La clase social, empezando por la clase obrera, que se convierte en la “clase por excelencia”, tiene conciencia de su identidad social y cultural, conciencia de un “nosotros” que la opone a los otros. Ella también tiene conciencia de sus intereses, es decir del hecho de que es explotada porque el salario no le restituye más que una parte de la riqueza producida. En fin, la clase es un movimiento conducido por organizaciones de clase, asociaciones, sindicatos, partidos, por un proyecto –como decía Touraine. Vemos entonces que las desigualdades de clase no son desigualdades como las otras, distribuidas en escalas de ingresos, de poder o de prestigio; son desigualdades que estructuran la conciencia de los actores, la vida social y la acción colectiva. Desde este punto de vista, las clases sociales no son solamente marcos estructurales y condiciones; son también, como lo mostró Thompson, construcciones históricas que producen a su vez modos de representación y de acción que estructuran las sociedades industriales. De hecho, todas las sociedades industriales europeas han conocido formas de estructuración y de representación de las clases a través de un espacio político en el que los partidos obreros (socialistas, comunistas, socialdemócratas, laboristas...) se oponen a los partidos burgueses. Las clases han entonces encajado el orden del sistema en el orden de las representaciones y de la acción colectiva, y es esto lo que dio al concepto un alcance y un aura excepcionales².

Esta visión general de la sociedad industrial ha desbordado ampliamente las filas del marxismo. También está más o menos presente en la concepción durkheimiana de la división del trabajo, en Halbwachs, en Aron, en todos los sociólogos británicos cercanos a los fabianistas y los laboristas, en Weber y en los sociólogos norteamericanos como Lipset, etc. De hecho, en general reformista, es consustancial a la sociología de las sociedades industriales capitalistas. En efecto, el concepto de clases sociales no obtiene su fuerza únicamente de su capacidad para describir las desigualdades sociales de las sociedades industriales; al describir a la vez el sistema y la acción, el orden y el cambio, el concepto de clases es el vector de una sociología general. En este sentido, la sociología de las clases sociales permitió analizar la vida

social mucho más allá del estudio particular de algunos grupos sociales. En la sociedad industrial capitalista, las clases sociales son un régimen de desigualdad que pretende explicar la “totalidad” de la vida social. En este contexto, se tiende a pensar que las desigualdades de clase estructuran más fuertemente la acción social de lo que lo hacen las otras desigualdades. En el juego de variables independientes que explican las actitudes y la acción de los individuos, las clases tienen una suerte de prioridad: las posiciones de clase son consideradas más determinantes que las otras desigualdades, que, cuando no son ignoradas, pasan a un segundo plano. La influencia de las clases sociales sobre la acción colectiva es tal que el campo intelectual se escinde entre quienes defienden a los movimientos sociales como derivados de las clases sociales y los que defienden la elección racional y disuelven los intereses de las clases en los intereses individuales. En fin, el análisis en términos de clase es también una sociología de la dominación: la cultura, la religión, el arte, la educación, el orden urbano, el derecho, conciernen a este tipo de análisis. Esta sociología general ha alcanzado su apogeo en la Francia de los años 1970, donde las clases sociales funcionaban como un concepto total, como un *explanandum* y como un *explanans*, como aquello que se debe explicar y como aquello que explica lo que se debe explicar.

Otros clivajes

En la actualidad nos encontramos en una situación paradójica: las desigualdades se profundizan, el capitalismo nunca ha parecido tan poderoso, la conciencia de las desigualdades es de las más vivas... y, sin embargo, las representaciones de la vida social en términos de clases sociales parece declinar. El fenómeno más saliente es sin duda la emergencia en el espacio público, en las representaciones y en los movimientos sociales, de clivajes sociales que, hasta ahora, habían parecido invisibles o naturales, “aplastados” por las desigualdades y las relaciones de clase.

Durante mucho tiempo identificada con la cuestión del trabajo obrero y la miseria de los asalariados, la cuestión social se ha desplazado hacia otros clivajes. En primer lugar se trata de clivajes culturales que oponen las “minorías visibles” a los “franceses de pura cepa” y, como esos clivajes son asociados con el desempleo masivo y la segregación urbana, resultan en una transformación profunda de la cuestión social. La cuestión social, antes centrada en la explotación, la fábrica y el trabajo obrero, se ha desplazado hacia los “barrios difíciles”, el desempleo de los jóvenes, la diversidad de culturas y la formación de nuevas “clases peligrosas”. Esenciales en la formación de la sociedad industrial, las clases sociales han sido arrastradas por su descomposición, que no es evidentemente una desaparición del salariado, sino el agotamiento de una estructuración de los derechos y las identidades en torno de ese salariado y sobre todo de los asalariados obreros, concebidos como la vanguardia del progreso y el cambio. No sólo los obreros son actualmente menos numerosos, sino que además la condición obrera se ha diversificado, los empleados son mayoritarios y los grandes bastiones de la clase obrera parecen irremediabilmente perdidos.

Contra el telón de fondo del desdibujamiento relativo de las clases sociales, otros clivajes sociales parecen hoy tan importantes como los clivajes de clase. No solamente los *gender studies* y *postcolonial studies*³ ponen hoy en evidencia desigualdades

no reductibles a las desigualdades y las relaciones de clase, sino que además pretenden construir, ellos también, un punto de vista global sobre la sociedad. Un relevamiento de los objetos elegidos por los sociólogos durante las tres últimas décadas indicaría sin dudas una multiplicación de los centros de gravedad hacia otras desigualdades, diferentes de las desigualdades de clase propiamente dichas. La sofisticación del aparato estadístico y el éxito de los análisis de regresión y de los *odds ratios* debilitan los modelos “simples” de los promedios y las causalidades de clase, considerados ahora como excesivamente groseros. Estos modelos más finos y estas estadísticas más sutiles contribuyen a distender los lazos entre las situaciones, las conciencias y las conductas. Muestran siempre que la acción y la conciencia social resultan de una masa de factores y de combinaciones que terminan por individualizar las causalidades allí donde el modelo de las clases sociales proponía mecanismos robustos y colectivos.

El reemplazo, en las representaciones sociales, de la clase obrera productora de riquezas y de conflictos por clases medias más o menos pobres procede de eso que Edgar Morin había llamado el *quiebre* cultural provocado por el consumo de masas y las industrias culturales. Los niveles se sustituyen a las barreras, las clases medias fijan la norma y sabemos que la gran mayoría de los franceses se definen como pertenecientes a las “clases medias”, es decir, como individuos que tienen un modo de vida “normal” o que aspiran a ese modo de vida. Este mecanismo de autoidentificación acentúa de hecho los sentimientos de frustración y la conciencia de las desigualdades, pero está mucho más próximo de las contradicciones descritas por Merton que de la conciencia de clase marxista.

Parece así que las concepciones de la justicia social se transforman insensiblemente: el modelo de la reducción de las desigualdades de clase es reemplazado por el ideal de la igualdad de oportunidades que pone en cuestión la equidad de las pruebas mucho más que las desigualdades estructurales. El tema de la discriminación reemplaza ahora al de la explotación. De hecho, sin que advirtamos siempre la medida de este cambio, el vocabulario de los actores y de los sociólogos ha cambiado sensiblemente; la “burguesía” y la “clase obrera” han sido respectivamente reemplazadas por los “ricos” y los “pobres”, o los “excluidos”, las “clases populares” y, sobre todo, por las “clases desfavorecidas”. Esta última expresión indica inocentemente que la norma de la escuela y de las clases medias surgida de los concursos y las competencias escolares se ha impuesto hasta el punto de definir a los grupos dominados en términos de desventajas. Desventajas para construir un éxito escolar y un trayecto de movilidad convertidos en la norma común. Se condenan menos las desigualdades de condiciones que los obstáculos que ellas ponen en los caminos de la movilidad y la meritocracia.

Con excepción de los muy ricos, que parecen poseer todos los atributos de las clases sociales –homogeneidad de los modos de vida, conciencia de sus intereses y capacidad para promoverlos- todo sucede como si las desigualdades de clase hubieran cedido su lugar a desigualdades múltiples y mucho más insoportables en la medida en que son heterogéneas e individualizadas. Va de suyo que este proceso está reforzado por las transformaciones del capitalismo, que rompen la relación de clase “directa” entre los obreros y los patrones. Con la “financierización” del capitalismo,

el organizador del trabajo ya no es necesariamente quien domina la economía y la inversión. ¿Acaso no vemos a los obreros ocupar la empresa para que el “verdadero” patrón sea revelado? Así, los clivajes morales y nacionales tienen todas las chances de sustituir a los clivajes sociales. Actualmente, una parte del “voto de clase” de los trabajadores pasaría por los desvíos de la defensa de la identidad nacional, por el rechazo a Europa, por el miedo a perder el marco mínimo de la acción social/nacional. Esta evolución nos recuerda que el régimen de clases sociales se desarrolló dentro de sociedades y economías nacionales y que tambalea cuando eso que llamamos globalización amenaza esos marcos nacionales como marcos de acción soberanos y autónomos.

3. Y sin embargo...

La edad de oro de las clases sociales y de la sociología de las clases concebida como una sociología general fue aquella de las sociedades industriales nacionales que construían su integración y su Estado-providencia en torno de los conflictos de clase. Fue una época de una fuerte correspondencia entre el análisis económico y el funcionamiento de la sociedad, porque el sistema económico se desarrollaba dentro de la nación, protegido por su moneda y sus tipos de cambio. Con las clases sociales, el análisis del capitalismo se transformaba en descripción de categorías sociales; las categorías del capital y el trabajo se encarnaban directamente en grupos sociales relativamente homogéneos y con conciencia de sus intereses. De este modo, el análisis de las desigualdades sociales era también una descripción de la estructura social y de la acción colectiva. Mientras vivimos en sociedades industriales nacionales, es decir en sociedades dominadas por una burguesía nacional, protegida por fronteras y monedas nacionales, esta representación socioeconómica de las desigualdades en términos de clases fue relativamente hegemónica. Esta perspectiva poseía también una fuerza crítica, al mostrar cómo las desigualdades sociales eran también formas de dominación.

Ahora bien, parece que viviéramos la disociación de estos dos órdenes de análisis. El análisis económico se desarrolla en el plano global, mientras que las relaciones sociales nacionales se declinan en una serie de mercados débilmente integrados, en la medida en que actúan en múltiples escenarios a la vez. Ni bien nos alejamos de los grupos situados en los dos extremos de las desigualdades, los capitales económicos, culturales y sociales están débilmente superpuestos, los ingresos provenientes del trabajo y de la redistribución se mezclan íntimamente por el acceso a una multiplicidad de bienes socializados. Y sin embargo, el abandono de un análisis en términos de clases sociales no deja de hacer correr algunos riesgos a la sociología. El primero es aquel de renunciar a percibir las desigualdades sociales como una estructura y un mecanismo: sin clases, las desigualdades son múltiples, se agregan, se cruzan y se neutralizan sin formar un sistema. Entonces, el sistema es “irrepresentable”, perfectamente individualista, dominado por trayectorias, redes, capital social y recursos mucho más que por relaciones sociales. Cada sociólogo se convierte en especialista y propietario de una desigualdad rápidamente puesta en competencia con otras. El segundo riesgo es disolver el acople de las desigualdades y la domina-

ción, el acople de las clases, la conciencia de clase, la resistencia y la acción. Ahora bien, ni la dominación social ni las mil resistencias desaparecieron. Aún si la estructura de las clases sociales y las relaciones entre las clases han sido profundamente modificadas, el análisis en términos de dominación de clases no debería ser abandonado.

Es por este conjunto de razones que la noción de clases sociales sigue siendo un marcador ideológico y un proyecto de pensar la vida social como una totalidad. Ella nos recuerda que la dominación es consustancial a la vida social de las sociedades contemporáneas, pero sobre todo subraya que la dominación no se diluye totalmente en las interacciones y en las categorías de la vida social porque descansa en intereses contradictorios y en conflictos. En síntesis, ella afirma que existen actores dominantes y dominados. En un momento en que el capital, perfectamente internacional, financierizado y abstracto aparece más como un sistema que como un actor, en un momento en que además el trabajo se diversifica y se desnacionaliza, en un momento, en fin, en que las organizaciones, las técnicas y los sistemas expertos ponen cada vez más distancia y mediaciones entre los actores, es preciso recordar que los intereses, los proyectos y las voluntades hegemónicas de las clases siguen estando ahí. De hecho, nadie duda de la realidad de la conciencia de clase de los dirigentes.

* François Dubet Sociólogo francés nacido en 1946, fue director de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París y actualmente es Profesor emérito de Sociología en la *Université de Bordeaux II*. Heredero de la sociología de Alain Touraine, sus investigaciones se centran en la marginalidad juvenil, las desigualdades sociales, la inmigración y el carácter inclusivo o excluyente de las instituciones escolares. Dirigió la elaboración del informe *Le Collège de l'an 2000*. Entre sus libros, cabe mencionar *L'École des chances* (2004), *Injustices* (2006), *Le Travail des sociétés* (2009).

Notas

¹ Publicado originalmente en *Revue Française de Socio-Économie*, año 2012, vol. 2, n°10, p. 259-264. Traducción de Mariana Luzzi.

² Este modo de estructuración de las sociedades industriales es sobre todo europeo. En Estados Unidos, la sociedad de inmigración ha estado más bien representada a partir de la oposición entre *insiders* [incluidos o locales] y *challengers* [desafiantes], y por lo tanto a partir del llamado a la movilidad, como bien lo ha mostrado Sombart. [NdT: las palabras en cursivas están en inglés en el original].

³ NdT: estudios de género y estudios postcoloniales, respectivamente.

Bibliografía

Aron, R. (1964) *Les luttes de classes. Nouvelles leçons sur la société industrielle*, Paris, Gallimard.

Dahrendorf, R. (1972) *Classes et conflits de classes dans la société industrielle*, Paris-La Haye, Mouton.

Dubet, F. (2010) *Les places et les chances*, Paris, Seuil.

Halbawchs, M. (1970 [1912]) *La clase ouvrière et les niveaux de vie*, Paris, Gordon&Breach.

Lipset, S. M. (1983) "Radicalism and Reformism: the Sources of Working Class Politics", *The American Political Science Review*, vol. 77, p. 1-18.

Merton, R. K. (1965) "Structure sociale, anomie et déviance" en *Éléments de théorie et de méthode sociologiques*, Paris, Plon.

Morin, E. (1962) *L'esprit du temps*, Paris, Grasset.

Thompson, E. P. (1988) *La formation de la clase ouvrière anglaise*, Paris, Maison des Sciences de l'Homme.

Touraine, A. (1969) *La société post-industrielle*, Paris, Denoël.

Weber, M. (1971) "Chapitre IV: Ordres et classes" en *Économie et Société*, Paris, Plon